

2000

Arde otoño; Mientras los otros duermen; Gran Misa Solemne; Para el hombre del maletín azul; La otra orilla

Delia Pasini

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Pasini, Delia (Otoño-Primavera 2000) "Arde otoño; Mientras los otros duermen; Gran Misa Solemne; Para el hombre del maletín azul; La otra orilla," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 52, Article 37.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss52/37>

This Creación: Poesía is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact elizabeth.tietjen@providence.edu.

Delia Pasini

Arde otoño

La melancolía dorada de las hojas
se esparce por el jardín. Un celeste
desvaído brilla con el sol del mediodía.
Se fueron los veraneantes y volvieron los pájaros.

La sencillez de cosechar los frutos y hacerlos alimento.
Así los pájaros, así las manos extendidas
apartando las ramas.
Naturaleza comestible alberga sus retoños y su muerte
sin estridencias ni noción alguna de tragedia.

En el atardecer, música y sombras en los cuartos templados.
Antes de los sabores y del vapor humeante en la cocina.

Se va, con el agua, el ansia. Aniquilada
por el cuadro viviente que se impone.
Allá, en la ciudad, ánima errante sin sosiego,
se deja triturar y se desgarrar en la lucha desigual.

Entonces, ¿cómo agradecer, al despertarse?
¿Cómo no temer la oscuridad del día?

Los hombres se siguen inventando sacrificios
y al inmolarsé, títeres de un nuevo ídolo, trocan
sueños por sumisión, adeudan su destino.

Asiste a la fiesta del renacimiento:
se mezclan instintos y faenas, sopor y euforia.
La rutina es avivar el deseo, traducirlo en actos.

Piensa en cuanto dejó atrás y en lo que nunca
se hizo realidad. Piensa, también, en la grandeza
de un poema que recupera para sí y para otros.
Piensa en la sonoridad de esas palabras rebotando
contra el césped, estrellándose contra los troncos,
rociándose en el riego, perdurando.

Ellas sostienen todos los actos, también las omisiones.
Sin palabras los actos carecen de sentido, eso lo
sabe, pero, ¿acaso si pensamos cada paso no caeríamos
agobiados por el peso de la faena?

Entonces los hombres levantan casas, se
construyen viviendas, las habitan en revuelo de
voces y de manos. Los hombres aturden con sus
martillos y sus ruidos. Los hombres hablan
y en su decir apenas hay tiempo escurriéndose
invisible, esa necesidad de demostrarse.

Mientras, en el silencio, escucha lo inasible,
y aprende que el sonido es callado y vivaz
como una llama oscilando antes de las cenizas.
Y respira a bocanadas: eucaliptos balsámicos,
apetitoso romero alimonado, fragante lavanda
mezclados a los jazmines y a las rosas.
Jugos de azahar y madreSelva corren por el
pasto, trepan por la pared, ascienden a lo alto.

Es el territorio de los pájaros, ese lugar donde los ojos
se fuerzan por entrever la vida inalcanzable.

Mientras los otros duermen

Noche cuando el cuerpo desvelado se debate en la angustia. Inquietud del espíritu, vacío de cuanto no sea desazón. Y esa impaciencia, carente de imaginación, estéril, torpe en su puerilidad, cae en la trampa y se consume.

Ya no la llama ardiendo hasta desaparecer; apenas un retorcerse intentando descifrar la incertidumbre. La mañana se llenará de pájaros y la lección no ha de ser provechosa. Sumirse en la maraña de faenas agota, enturbia la mente y le confiere ilusión de necesaria. Pero la pregunta, esa pregunta, sólo irrumpe en la sombra, en la quietud del aire mientras los otros duermen.

Saberte mortal no ayuda a sembrar. Acosada por el horizonte, cada estrella siempre alumbra su enigma y misterio. Encierra una luz remota y fría. Ella sí refulge fuera de todo pensamiento, de cualquier ecuación. Los intentos por apresarla han sido vanos. Encarna lo inmutable. Luego están las palabras. Desgranán su letanía, exploran, hurgan por los rincones donde quedó el sueño renovado en cada amanecer. Perdidos, confinados a la simulación de la memoria, cobijan seres indefensos en la evocación.

Uno de ellos, uno de ellos lleva tu nombre y tu destino.

Gran Misa Solemne

Sin ellos, perdida en la maraña de cables, antenas y terrazas donde se pudren trastos en la lluvia, esa oración recupera su sentido. Quien la escribiera hoy yace a medias olvidado, demasiados gritos se suceden en medio del silencio. Ilusorias imágenes acercan

un universo promisorio
 -apenas amuleto, apenas cuerpos
 aplazándose la dicha, apenas voces
 mudas en la semejanza-

Irrumpe en la oscuridad la piedra.
 Concentra en sí el abrigo y el mutismo
 de quien, con alma destemplada, busca
 entibiarse.

*"Antro de tinieblas" la llamó el filisteo
 pero adentro, en la paz sagrada del recinto,
 los vitrales se colorean de nueva y desconocida luz.*

Escucho esa música capaz de atravesar el tiempo.
 Necesito saber que la voz no está perdida,
 necesito creerla necesaria entre esos seres
 al descarte, sin palabras.

Los tonos, siempre,
 hasta perderlos en la confusión.
 Plañidos ensayados con astucia o
 pregones arteros. Siempre escarban,
 perforando los tímpanos. Los ruidos indecibles.

Sin voz, no hay voces,
 estrépito, aceleración,
 ensordecen los carteles, los cuerpos escabulléndose,
 negados. Rehusada voz, mendiga y reina.

¡Vamos, ya! Enseñórate con los vivos y los muertos.
 Mira a las mujeres elevando a tu madre ante las aguas.
 Escucha a tus fieles clamando por justicia.
 Oye los cantos que a través de los siglos te alabaron.

Kyrie, eléison
 Christe, eléison

echado a volar en la procesión,
 precipitado en ecos por los bronces,
 retumbado en el martillar de los tambores.
 Baila esa misa, su alegría irrumpe,
 perfora el granito de la veneración.
 Juega el músico, escucha sus acordes,

impregna las paredes de colores cifrados,
de inscripciones derramándose en las cuerdas.

Porque él tenía 21 años y toda la locura
y no podía pensarnos como somos,
hoy, casi a fin de siglo, tan desaforados y
desapacibles, tan megalómanos y entristecidos,
tan incautos y astutos que no basta, créeme,
no basta su música para regocijarse en la belleza.

Para el hombre del maletín azul

A Juan García Gayo

Que en realidad es negro. Y transforma
en señal de trabajo con esmero.
Una figura aferrada a su recato, su astucia
y su rutina.

El hombre del maletín azul (en rigor de verdad,
negro) designaba sus poemas con el nombre
de los días hasta que vio la flor. Una amarilla.
Fue cuando decidió ese nombre para sí.
Y al sumergir la cucharita en el café
probó el sabor ocre de la dulzura del invierno.

Hace tiempo ya habita mis lecturas y mis soliloquios.
Amarillo, obsesión de la infancia, conjura el maleficio
del estuario marrón. Atrae el oro de los tigres
y la loca impericia con que intento descifrar el regocijo.

El hombre del maletín azul y la flor amarilla
ilusionaba rosas y se burlaba de ellas.
No daba el tipo de cortesano isabelino.
Sorbía su café y sus palabras pero esa espina
lo punzaba. ¿Amarilla o lunácea?

Invade libros, citas y reminiscencias.
Acaso las espinas ya no tiñen de sangre su calvario.
Acaso verlo sea convocar el amarillo
dentro del vapor humeante de la página.

La cucharita gira y el azul se pierde en el silencio.
Una elección: amarillo atrapa y se evapora.
Color de muerte era en Italia.
Aquí, en el puerto, es matiz de alegoría y desenfado.

Estamos lejos de las minas de carbón,
palabras extranjeras suenan extrañas
en su manera de nombrar. Y aun cuando reconozca
su sonido, nunca sabré la cualidad de lo que evocan.

Sí, religiosa es la sustancia misma del poema.
No importa cuánto se crea, está el destino.
Tienta al hombre del maletín azul.
Él conoce otras cosas. No siente necesario
ese poeta músico que comprendía el universo
aunque su mirada nos convoque en el Ángelus.

La otra orilla

Chorrea el verano en amarillo
con el sol estirándose en las casas.
Brillan las paredes a la cal; las figuras
se ahuyentan, dejan caer sus sombras.

Las voces se asordinan en el chirrido de la siesta,
en la constancia de seguir un rumbo
(aunque no maldito) con ramalazos de
calma y de añoranza.

“Lo que no es, ya nunca será», repite,
mientras los parches de sombra enfrían el jardín.

Tedio sin fin entre las lajas. Se ofrece el agua,
río que parece el mar. Cerca, tan cerca,
las palmas chapotean, lo acarician, se ofrecen.
Su chasquido distiende los sentidos,
corre por un cuerpo que ya no será igual,

casi un desconocido. Se apaga la luz
sobre los pliegues: el dolor o la perplejidad
instalaron rictus sobre la imagen desgastada.

El robo ocurre en el lugar de la rapiña, del otro lado
de la corriente, en la orilla de barro
agarrotada por quienes vuelven su aire irrespirable,
entumecida en el vapor de tantos muertos insepultos,
expropiada por los mercaderes de la suerte.

Se alejan los rincones, sueños ya o vigilia imaginada.
Las puertas no se franquean a la avidez o a la rutina.
Los ámbitos ocultos nos destierran.

Pasajeros extraños de lugares propios ya perdidos.
¿Quiénes sus habitantes codiciosos de
lámparas, de claroscuros velando gentiles la sonrisa?

Esta es la otra orilla.
Todavía es posible regresar a la extrañeza.

Los objetos resbalan por las manos,
vuelos arena de un reloj indestructible.
Se alejan las texturas, la dimensión externa
perplejos, dimos nombre a la realidad que nos excluye.

Siempre hay subterfugios para creernos dueños de las cosas.

La dulce ensoñación resbala por espejos
que reflejan aquello que no podemos ver.
Cae molido a golpes el espíritu y nuevamente se levanta.
Hasta el choque final, donde no anida la añoranza.

Y sin embargo... Cuánta celebración en los resquicios,
cuánta música escondida en las esquinas,
cuántas voces prendidas a los ángulos
retumban cariñosas, anhelantes.
Con gentileza, semitonos desperdigados en la sombra.
Se trata, siempre, de distinguir los matices, de acunarlos.